

Cantata travesti
EDICIÓN NÚMERO 2
POR
Ruitama

Acto de apertura



Los presentes textos y dibujos son un llamado a la constancia, un esfuerzo por darle continuidad a las ideas por tarde que sea, porque nunca es tarde realmente para hacer las cosas que queremos hacer y que nos ayudan a ser felices. Empecé este fanzine el 2018 con el corazón roto pensando en que iba a poderlo continuar pronto, pero ahora, 5 años más tarde recién tengo ocasión de hacerlo, el tiempo es un invento al final de todo. Mi corazón ya quedó así.

Escribir y dibujar estas cosas es una acción solitaria que refleja o registra un momento colectivo, conciertos a los que fui o me perdí, contactos y desencuentros, quizá esperanzas, con la música como protagonista siempre, porque no me imagino ninguna historia, ningún presente y ningún futuro sin ella.

Hablar de la música en silencio también es necesario porque el silencio es música, y en estas historias que cuento aquí es protagonista, el silencio se lleva cosas y hace que otras maduren, el silencio a veces nos aprieta y nos lleva a matarlo, a veces su muerte no es el ruido, sino hacer hablar los dedos en un computador, acurrucarse con alguien y conversar despacito, como con respeto del volumen.

Si estas páginas impresas en calidad dudosa llegan a tus manos te invito a averiguar más sobre lo que deslizan frente a tus ojos, sobre su pasado y su contexto, en tiempos difíciles (como si hubiese “tiempos fáciles” en realidad), hacer esto me ayudó a sobrevivir a la mala suerte y al azote de la clase, compártelo con gente que esté atravesando esas tormentas a ver si les sirve de paraguas.

Se manifestó la música

(O bien *Yo le robé la voz antes que el cigarro*)

Tu voz, tu voz, tu voz,
tu voz existe.
Tu voz, tu dulce voz
tu voz persiste.
Anida en el jardín
de lo soñado
Inútil es decir que te he olvidado
porque tu voz, tu voz, tu voz,
tu voz existe

Tu voz – Lucha Reyes
(La morena de oro del Perú, 1970)

Fue el 2011 que fui a su casa, en Octubre, y es uno de los recuerdos más vívidos que guardo, espero que nunca desaparezca. Fue un rato simplemente, pero lo que pasó ahí fue fuego y me quemó.

Unos años antes de ir, había adaptado a canción el "Manifiesto (hablo por mi diferencia)" que escribiera Lemebel en los 80, para palabrearse a la misma izquierda en la que militaba por su homofobia terrible. Era una tonada y fue una de las primeras canciones que escribí, tuve que contactar a la señora Lemebel porque cuando lo grabé tenía que consignarle sus derechos de autor. A regañadientes me dijo que debía de haberle consultado antes, pero que, como ya estaba, me mandaba sus datos para el registro de propiedad intelectual, la canción iba a quedar en un disco colectivo de un festival en el que participé (y gané). Podía grabar dos canciones y yo elegí la que ganó el festival y esa, homónima de su discurso. Cuando salió el disco le envié una copia que, según me comentara después, jamás le llegó, se perdió en el correo.



Había pasado un año desde que salió el disco colectivo, yo estaba preparando el mío en solitario y quería tener de nuevo la canción, pero esta vez con la propia voz de Lemebel introduciéndolo e interviniendo en una de las pausas musicales que tenía la tonada. Vivía en Concepción y viajé 6 horas a Santiago, el día anterior me junté a grabar otras voces que quería tener presentes: de Víctor Hugo Robles (el Che de los gays), Erika Montecinos, histórica activista lesbiana; y Jana Aravena, quien hizo la primera radio lésbica del país, era ingeniera en sonido y puso su grabadora profesional a disposición, de forma desinteresada y amorosa, para que pudiera registrar las voces de estas 3 estrellas ese día y de la otra estrella el día siguiente. Incluso pagó las cervezas para todes porque yo sólo tenía mis ideas y mi entusiasmo, y grabamos en el baño de un bar que no recuerdo en el centro de Santiago.

Había contactado a la señora por correo, me dio su teléfono y me dijo que la llamara, yo sabía claramente que le gustaba la situación telefónica, por la parsimonia que requiere y la mística de la sincronía a la distancia. Marqué, gritando por dentro, le cuento quien soy y me dice que sí, me

confirma lo que habíamos hablado por correo, yo controlando mi respiración anoto la dirección y le doy las gracias.

Al día siguiente, tipo 5, aparecimos en su casa por Bellas Artes, yo andaba con mi marido de esos tiempos y me iba sosteniendo el entusiasmo. La puerta enorme del edificio, el ascensor antiguo y al 4B. Me abre la puerta la leyenda más grande que haya conocido en persona y me hace pasar a su casa. Estaba oscuro y atravesamos en penumbra una habitación, a un pasillo y luego a una salita oficina. El éxtasis vivo. En una esquina del lugar estaba un escritorio pequeño, y encima, casi ocupándolo todo: el computador, un monitor enorme como las teles antiguas, lo miré y pensé que frente a ese teclado se quemaba las pestañas para darnos su literatura, algo dentro mío lo sintió sagrado, en mi mente bendije al aparato y su electricidad, le di las gracias. Había una mesa de centro y un sillón también, algunas personas que me presentó, pero en la agitación no presté la más mínima atención. Nos hace sentarnos y conversamos un poco. Miro el balcón, le pregunto si era ahí mismo donde había anidado la pájara de una de sus crónicas que me había hecho llorar hace poco, se sonríe suave y me señala la maceta específica donde había pasado todo, sentí que me bendecía estar tan cerca de esa intimidad que nos había contado y que ya era colectiva, pero a la que no todes pudieron acercarse como yo en ese momento.



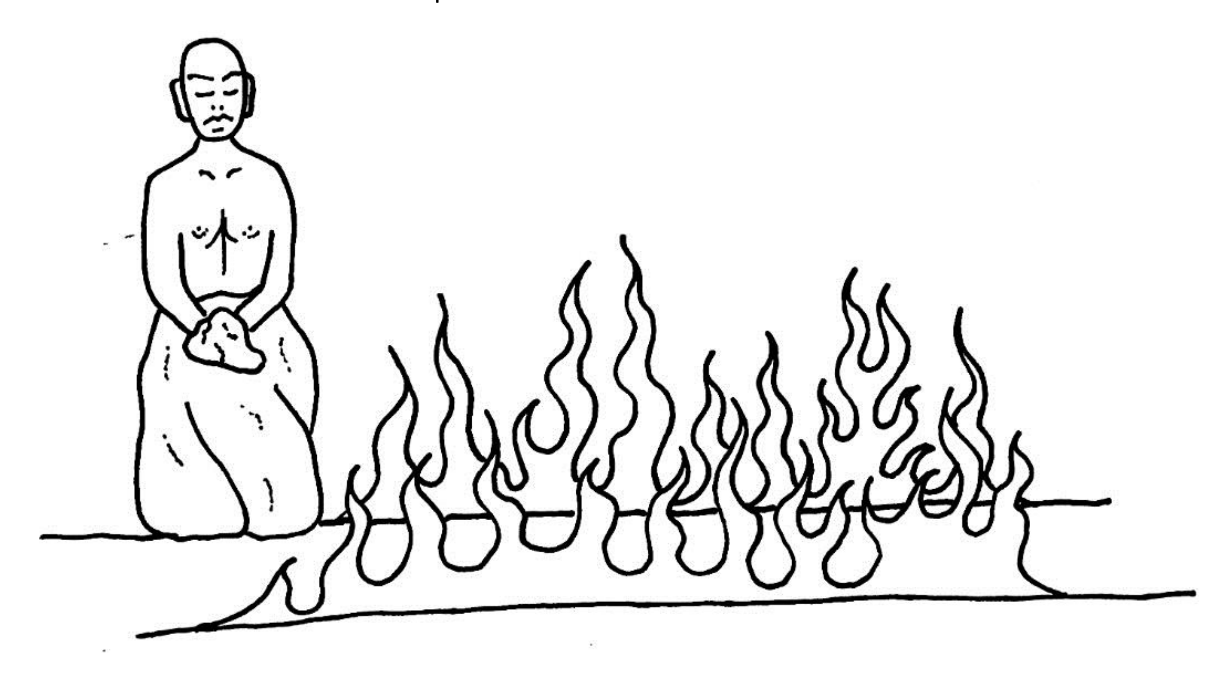
Seguimos hablando y le explico de nuevo, esta vez en vivo, qué es lo que quiero, tenía el impulso de grabar toda la conversación pero mi ética no me lo permitió, me daba miedo, además, que me pillara y se enojara conmigo por la patudez de ir a su casa y robarle más palabras de las que le había pedido al principio.

“Ah, entonces yo digo el nombre de la canción al principio, como la Violeta Parra” me dice y yo asiento. Le pedí que lo dijera varias veces y así elegía la que quedara mejor. Lo hizo, todes en silencio en su oficina escritural. Dice al principio el nombre y luego “super-buena-onda” entrecortado y entre dientes con la mandíbula apretada, yo en la canción lo hacía con mi lectura y él sonaba distinto, me daba susto que no encajara, pero en realidad era su voz la que había inventado la canción, así que no había forma de que su ritmo y el mío no coincidieran, también lo grabamos varias veces.

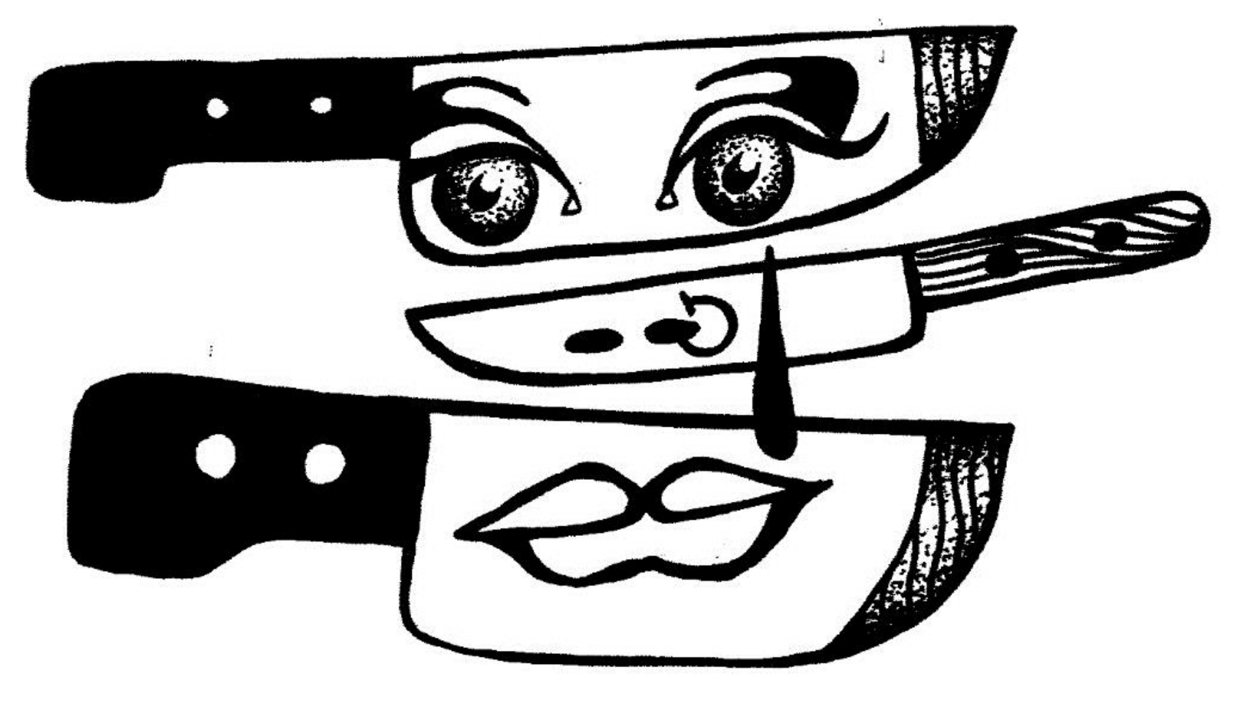
Yo tenía una cámara de fotos y la andaba trayendo incluso, pero quise que ese día se tratara solamente del sonido que salía de su garganta y no la saqué siquiera.

Guardar su voz áspera y gastada fue como ser la Úrsula de su sirenita, y conjurarla dentro de una concha digital que pude usar para mi disco. Fue poder robármela y atesorarla, sobre todo sabiendo que unos años después tanto humo que tiraba le hizo perderla, y sólo podía susurrar en los escenarios a los que le invitaban a contar sus historias mariconas.

Para mí ese día maravilloso no fue otra cosa que su voz, recuerdo todo claro y sobre todo la sensación de éxtasis por acercarme a una leyenda viva, alguien de quien aprendí el valor de contar y conjurar la historia, de inventarla si es que era necesario, de incendiarla si hacía mal y queríamos convertirla en ceniza como hizo tantas veces en sus últimas performances donde incendió el abecedario completo en la bajada de un paso nivel incluso o se tiró rodando por las escaleras en llamas del Museo de Arte Contemporáneo.



Tristemente, la siguiente vez que nos vimos fue el 2015, en su funeral: un carnaval de maricones y travestis cantando, gritando y llorando. Hice una fila enorme y le canté por fin, aunque ya no me escuchara, como llorándole al viento simplemente, acompañándonos con quienes estábamos en la iglesia ese día. Y también fui al cementerio, entre toda la gente que acarreaba las miles de flores que le habían llevado. Cuando ya estaba en su tumba le canté de nuevo, una canción de Chavela Vargas, porque a mí todavía me quedaba voz y a él, que yacía al frente mío y al lado de su madre, el cigarro se la había robado a pesar de todo lo que la escribió.




VOY A INTENTARLO


UN POCO MÁS


SI NO FUNCIONA
DESPUÉS ME


TE LLORO
PRENDO FUEGO


DE
NUEVO


SI CANTAR
NO ME VA A
ALIMENTAR
PREFIERO
DEJAR DE
COMER

Canciones sin casa

(o bien *Si cantar no me va a alimentar prefiero dejar de comer)*

(La-la-la-la-la)
I'm a city angel, but it doesn't pay well
Baby, that's okay
(La-la-la-la-la)
Heaven wouldn't have me, 'cause I'm all about me
Hell, I'm on my way

My address is Hollywood – Adore Delano
(Till death do us party, 2014)

El 2019 fue un año que se volvió brutal en Octubre para la mayoría del país, a mí me tomó un poco por sorpresa porque venía recién surgiendo de las tinieblas.

Partí el año en el techo de una amiga, mirando el amanecer, volviendo al cuerpo después de una pastilla que no pegó tan fuerte como se suponía. Recorrimos varias calles buscando estímulo y ninguno nos llegó realmente, a veces la químina no quiere y no quiere no más. Al final, en el amanecer, subimos al techo de su taller. Recogí una planta que en un arranque de ira ella había tirado lejos unos meses atrás y estaba viva todavía, yo la miré y le dije "ya, ven". Meses después estaba resucitada y contenta en un macetero en otra casa.

Vivía en Valparaíso, me había ido un tiempo antes a vivir allá con mi hermana, quien antes de cumplir dos meses me dijo que me fuera, el mismo día que me lo decía, dos semanas antes de irme al arriendo que había logrado encontrar. Hasta hoy no hablamos de esa situación que me dejó una cicatriz que ya no duele pero está. Noviembre y diciembre del año anterior había estado en una casa de una gente activista vegana que tenía en el abandono a sus gatos, mi pieza era la única que no tenía pulgas. Me costaba mucho hacer plata y a final de diciembre la coordinadora de la casa me pregunta si seguiría ahí, impulsivamente le dije que no ¿Quería estresarme en juntar plata para vivir en un lugar que no me gustaba? No. Así, sin ninguna certeza, le dije que no, pesqué mis cosas de valor, le pedí a un amigo que me las guardara y me armé de mi mochila diaria, minimizando todo a lo que pudiera acarrear en mi espalda.

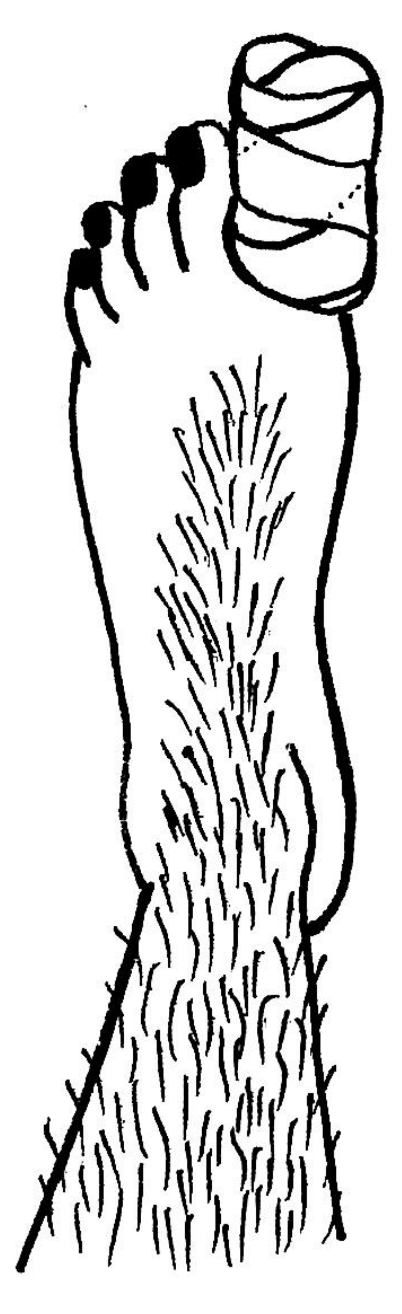
Tenía varies amigues, la mayoría igual de pobres que yo, habitando casas baratas pero bien situadas, cerca de todo pero con harto drama y poca luz solar. Mi primer hogar más o menos estable fue con un marido, que me vio ahí dando vueltas y me dio una copia de su llave, una pieza minúscula independiente en la parte alta de una escalera de Subida Ecuador, tenía un par (y no más que un par) de metros cuadrados, un velador, un colchón, un mesón de cocina con una encimera eléctrica, un clóset, un refrigerador enano y el baño. Me acostumbré a ducharme con agua fría porque no tenía cómo comprar gas. En Febrero se fue casi todo el mes al norte, de donde venía originalmente y yo tuve el refugio para mí. Era un lugar muy pequeño pero cabíamos mi guitarra y yo. Comencé una canción muy importante en ese momento que empezaba diciendo que me perseguía el hambre. Incluso alguna vez fue a ensayar conmigo el Cardomayi, un weko maravilloso y sensible que toca el acordeón y es vecina ilustre de los cerros de Valparaíso.

En la ausencia de ese marido tuve otras aventuras, conocí otros cerros, me quedé en otras camas y sentí otros calores. Me enamoré un poco del punkie más bonito de Valparaíso, y yo sé que todo el mundo que está en Valparaíso un rato dice eso, pero este de verdad era el más bonito de todos los

que había visto y de todos los que he visto después también, en Valparaíso o en otras ciudades incluso.

En ese tiempo empecé a articular con unos anarquistas que tenían un espacio y me permitían usarlo un día a la semana para hacer tatuajes, me salvé muchas veces de no tener nada por poder tatuar un día a la semana, Valparaíso es barato y con les amigues siempre une se las puede ingeniar, reciclando verduras y juntando los pesos. Iba todos los miércoles a salvarme la vida a pasos de la plaza Echaurren.

Terminó Febrero y mi marido se fue de vuelta al norte, recogió sus cosas y me quedé dando vueltas de nuevo. En ese tiempo aún fumaba pitos y unas semanas antes me había juntado con un chiquillo a eso, vivía cerca de la Avenida Argentina, era muy buena onda y nos volvimos a ver justo cuando quedé dando vueltas otra vez, me invitó a quedarme con él sin ataos, fue realmente una casa maravillosa para mí, sobre todo porque empezando marzo me salió un trabajo de fin de semana haciendo ambientación para una película que se rodaba en exteriores y, moviendo un bloque de cemento, se me cayó encima del pie, me acuerdo que el enfermero que me hizo las curaciones y me puso los puntos me trató pésimo por tener las uñas de los pies pintadas de negro, como si fuera asunto suyo. No tenía ni casa y tuve que hacer reposo, mantener el pie en alto para que no tuviera mucha presión, no podía caminar mucho y en la casa donde estaba me dijeron que me recuperara con ellos sin problemas, yo cocinaba cuando alcanzaba y hacía el aseo para devolver la mano, nunca me ha gustado limpiar, soy de las personas que ensucian poco para no tener que limpiar, si algo se me cae lo limpio enseguida. Con el pie malo y todo seguía tatuando los miércoles, acomodaba a la gente en la camilla o con el apoyabrazo y ponía el pie en alto para no afectarlo. Obvio dejé de bailar por un tiempo y como no podía caminar mucho me concentré en tocar guitarra para no enloquecer. A la gente de la casa donde estaba les gustaba mucho que hubiese música en vivo, entendían el valor de mis dedos sobre la guitarra y eso me abrigó el corazón también.



Tratando de hacer cosas para no morirme de rabia y pena, sin poder salir a subir y bajar cerros como hubiese querido, estuve en esa casa varios meses; entremedio también me quedé en Cerro Esperanza, donde un amigo que viajaba harto y necesitaba que le cuidaran a las perras mientras lo hacía. Era una casa enorme, llena de sol a toda hora, tenía un patio gigante y había la ruina de otra casa en el mismísimo patio que estaba escaleras abajo, como en una terraza inferior. En esa casa de Cerro Esperanza también ensayé un par de veces con el Cardomayi.

Como tenía frescas las canciones pensé en registrarlas, y empecé a moverme a ver cómo hacerlo, sin tener un peso en los bolsillos. Una amiga que trabajaba en el Parque Cultural de Valparaíso (Excárcel) logró

conseguirse el estudio un día y durante una mañana completa estuvimos grabando las 8 canciones que componen “Guitarra Peregrina / Cantata Clandestina”, algunas salieron altiro y otras hubo que hacer un par de repeticiones, pero todas fueron registradas esa mañana y todas las pistas fueron grabadas en una toma ininterrumpida.

Como no tenía nada, tampoco tenía computador y no tenía cómo editar ahora las grabaciones. En una de las vueltas que me daba por aquí y por allá me crucé en Santiago con otra amiga que me podía pasar el suyo por una noche, y tenía el programa básico de edición de audio, así que en una noche, apuntalándome en tutoriales y con los audífonos puestos, edité, mezclé y matericé sin saber hacer realmente ninguna de las tres cosas, no podría decir que aprendí, pero lo hice.



No todas las canciones eran nuevas, había algunas que hice el 2014 cuando me fui de Concepción por primera vez y no quedaron en el corte final de mi disco debut que había salido el 2016, todo lo hice a guitarra sola y voz, lo más básico que puedo aparecer en un escenario. Hay una canción que tenía escrita de hace años sobre la muerte de Sebastián Acevedo, o una cumbia sobre el Canal de Panamá, está la canción que le hice al punkie precioso, y también una donde le robo el universo artístico a Pedro Lemebel y soy la loca del frente, cantando “Canción a Carlos (Magnicidio frustrado)”.

Todas las canciones del disco tiene 2 nombres porque yo también, viviendo en Valparaíso me di cuenta que soy una persona trans realmente y que mi nombre civil estaba muerto, que no necesito más que me nombren de esa manera y, como mi persona, en mi disco todas las canciones (menos una) tienen dos nombres, porque todas las canciones son trans. La que sólo tiene uno, es la más trans, y cuenta la historia de una mujer que conocí hace años que fue al funeral de su mamá vestida de varón para cumplir con su última voluntad.

Después de diseñarle a mano toda la carátula y el arte con sus dos nombres y todo lo lancé en digital el 1 de Mayo, como manifestando que a pesar de todo, de no tener nada, este es mi trabajo. Cantar es mi oficio y lo cultivo lo mejor que puedo, porque lo necesito. Mis canciones son humildes pero enormes, son chicas pero se expanden tal como las ondas sonoras de mi voz, que pueden escucharse sin amplificar en cualquier estadio si me regalan un poquitito de silencio.

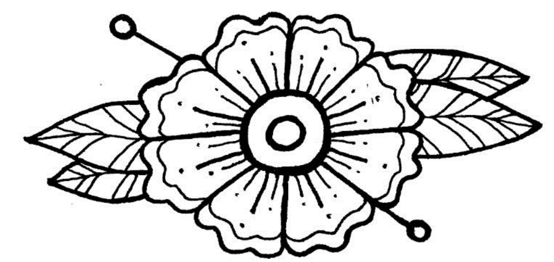
La revolución necesita pan

Flan de chocolate

Ingredientes:

- 2 ó 3 plátanos maduros.
- 1 lata de leche de coco (puede ser cualquier leche vegetal, mientras mayor porcentaje de grasa mejor, por eso se recomienda de coco).
- 2 ó 3 cucharadas de cacao amargo.

Mezclar y procesar todos los ingredientes de forma homogénea
Llevar a una olla revolviendo constantemente hasta que hierva por unos minutos.
Porcionar y dejar enfriar.
Servir con alguna salsa o mermelada.



Cuando empecé a escribir la primera cantata, al terminarla avancé a la portada y contraportada de la segunda. Compilando esta edición las sentí ajenas y decidí hacerlas de nuevo, pero a la vez quise que estuvieran también porque fue para mí muy significativo que estuvieran listas, se sentía como algo pendiente y lograr hacerla por fin ha sido muy reconfortante, mientras más travestis mejor.





Cantata travesti

• SEGUNDA • EDICIÓN •

• MARZO 2023 • TEXTO Y DIBUJOS POR RUGITAMA •

• SÍRVASE DIFUNDIR Y REPRODUCIR LIBREMENTE •

